

...de un alma de esta naturaleza, la de la
...debe por pertenecerle al por de la naturaleza
...por el alma y de lo sobrenatural por el alma
...y que también es un ser que es de la
...una contracción de la medida de comunicación
...figura y en una especie de escala proporcional
...de la de un ser de esta especie (i) (i)

...de la de un ser de esta especie (i) (i)

LIBRO SEGUNDO.

La verdadera religion sobrenatural

ES EL CRISTIANISMO.

...de la de un ser de esta especie (i) (i)

LIBRO SEGUNDO.

La verdadera religion sobrenatural

OMNIBUS LIBRARIIS

CAPITULO PRIMERO.

PLURALIDAD DE LAS RELIGIONES: VERDAD
DE UNA SOLA RELIGION.

Lo sobrenatural constituye una realidad conforme con las exigencias de la razon, con las aspiraciones de la naturaleza y con los testimonios de la historia. La razon se une á él como á la única religion lógica, como á la única religion garantida, como á la única religion posible. La naturaleza aspira á él porque forma una diversion armónica en su economía física, y perfecciona su economía moral. Por último, la historia lo ha visto, demostrado y distinguido con certeza, y para ponerlo en duda, es indispensable.

ble sacrificar á repugnancias teóricas, la evidencia práctica y los testimonios de la experiencia.

¡Son tantas sin embargo, se dirá, las religiones sobrenaturales! ¿Qué pensaremos de semejante diversidad? Según opinion de algunos todas son igualmente buenas: otros, por el contrario, opinan que todas son malas; mas sea la que se quiera la opinion que entre estas tan diametralmente opuestas se adopte, siempre resultará que no existe religion alguna verdadera. ¿Tredremos que resignarnos á semejante conclusion?

Hé ahí uno de los mayores peligros á que se hallan expuestos los pueblos que han llegado á completa madurez. Cuando la experiencia de las cosas de la vida se halla separada del estudio, no constituye de ningun modo una luz segura para orientarnos en nuestra fé religiosa. A fuerza de mostrarnos los hombres y los acontecimientos bajo sus múltiples y variados aspectos, la experiencia relaja nuestro espíritu; rodea los ángulos salientes de nuestras convicciones, en virtud de los roces que se establecen; intimida y paraliza la vida de nuestras afirmaciones, en virtud del choque perpétuo con el pró y el contra inherentes á las cosas humanas;

y nos comunica una indulgencia que se acerca mucho al escepticismo.

Muchos son los viajeros superficiales, que se han hecho libre-pensadores, á consecuencia de haber salido de la madre patria. Y se explica: en sus excursiones hanse encontrado al paso con muchas religiones diferentes de la suya, y con muchos hombres que profesan una religion distinta de la por ellos profesada. Semejante situacion les pone en el caso de apreciar algo bueno en los cultos falsos y de distinguir algo malo en los secuaces de la verdad: doquiera convierten la mirada perciben, siquiera sea en diferente grado, las tres virtudes teologales, al lado de los siete pecados capitales, y en vista de ello sus conclusiones vienen á resolverse en complacientes fórmulas de tolerancia, no siendo caso raro que el compás que van acaudalando tesoros en el confin más remoto del mundo, vayan empobreciendo por lo que respecta á la posesion de su Dios.

Al presente ha multiplicado las ocasiones de caer en semejante error, la frecuencia y la facilidad de los grandes viajes. Marinos hay y no pocos, que por haber visitado una pagoda, ó penetrado en una mezquita, imaginan tener ideas más precisas y más abundantes que el mismo

Bossuet sobre el génio religioso de la humanidad. «Muchos, dice Labruyere, acaban por corromperse y por perder la poca religion que les resta, merced á dilatados viajes: no pasa día sin que presencien un nuevo culto, costumbres nuevas, ceremonias distintas, y parecidos á los que entran en un almacén sin ánimo deliberado respecto de las telas que pretenden adquirir, atúrdense ante el número verdaderamente extraordinario de las que se les ponen de manifiesto, y como en todas encuentran algo que les satisface, sin llegar á resolverse por ninguna, salen al fin sin haber realizado el propósito que les guiara al entrar (1).»

Valiéndonos ahora del estilo pintoresco de Labruyere, diremos que todo hombre razonable y que piense, debe hallarse animado del propósito de adquirir el siguiente convencimiento: *La pluralidad de religiones no prueba en manera alguna que no exista una sola verdadera.*

No es que ignore que, no obstante la propaganda cristiana realizada durante diez y ocho siglos, existen aun en el mundo seis cientos millones de paganos: que el emperador de la Chi-

(1) *Corneille*

na, cuenta en la tierra, con más súbditos que Nuestro Señor Jesucristo: que los cismáticos, los herejes y los infieles, forman una poblacion superior á la del cuerpo de la Iglesia; resultando de todo ello, que si hay una religion verdadera, y no lo son las demás, las cuatro quintas partes de la humanidad, se hallan condenadas al infierno, por el único delito de no haber visto la luz en una de las latitudes católicas. Y siendo esto así, ¿á qué viene á reducirse la justicia divina? ¿No sería preferible, y sobre todo, más piadoso, mantener la nocion de Dios sacrificando las religiones, que afirmar la verdad de una religion comprometiendo la justicia de Dios? Todo esto, sin embargo, no son más que preocupaciones que facilmente pueden desvanecerse, y verdades aparentemente contradictorias, que con muy poco esfuerzo es factible conciliar. Para conseguirlo, creemos que bastará con que hagamos una exposicion sincera y luminosa de la segunda parte de la proposicion. *La verdad de una sola religion, no prueba en manera alguna que Dios sea injusto respecto de aquellos que no la conocen.*

I.

Del mismo modo que la moneda falsa, verifica y aquilata el valor de la verdadera, las religiones falsas demuestran y acreditan la existencia y excelencia de la verdadera religion. Cuanto grande ha hecho Dios ha sido objeto de falsificacion por parte de hombre, y aun puede añadirse que no ha existido sér alguno más desfigurado, en virtud de las falsificaciones, que la persona de Dios. Pero así como los falsos dioses deponen indirectamente respecto de la verdad de un Dios, las religiones falsas nos garantizan de que existe una verdadera, de la cual son ellas alteracion más ó ménos acentuada. Para establecer esta tésis bastaría con reproducir un libro muy famoso contra el indiferentismo, libro tan perfectamente hecho, á pesar de sus declamaciones y de sus digresiones, que no ha podido ser refutado ni por los veinte años de apostasia de su autor. Con todo, en vez de encerrar á los adversarios dentro de esas líneas de cir-

convolucion, tan sábiamente dispuestas, prefiero ponerles en evidencia, por medio de consideraciones óbvias, que el honor de Dios, la moralidad del hombre, y la suerte de los pueblos se hallan igualmente interesados en la verdad del siguiente programa: un solo Dios, una sola fé, y un solo bautismo. De suerte que guardando á todas las religiones idénticos respetos, no sólo se las trata con idéntico menosprecio, sino que se establece el principio de la más nefanda confusion.

En primer lugar, el honor de Dios nos obliga á reconocer la verdad de una sola religion, porque no podemos negar este dogma sin obscurecer sobre la tierra la nocion del bien y del mal. Cuando se hallan frente á frente religiones distintas, de las cuales una enseña el pro y otras el contra, y por consiguiente la una lo verdadero y todas las demás lo falso; el sostener que Dios, la verdad por excelencia, no se halla más interesado en favor de la primera que de las segundas, vale tanto como negar á Dios y la verdad. Es negar la verdad, por que si la verdad existe, no pueden ser igualmente verdaderas religiones opuestas: es negar á Dios, por que si Dios existe, no pueden serle igualmente agradables, religiones que no son igualmente verda-

deras. Sería por lo tanto indispensable proceder, con más prudencia y circunspeccion antes de proclamar la igualdad absoluta de las religiones. Semejante igualdad, que puede tener su razon de ser delante de la ley, es absurda ante la conciencia individual lo mismo que ante la lógica. El autor del *Emilio*, lo ha dicho en términos formales. "Entre tantas religiones que se excluyen, solo existe una buena [1]"

Al presente nuestros hábitos de tolerancia civil engendran los juicios más erróneos en materia de teología. El estado pretende tener sus motivos para mantenerse indiferente con respecto al principio religioso: pero un particular está obligado á ser más exclusivo. El hombre público está en su derecho aplicando al foro externo un principio ateo; pero no tiene derecho alguno para ser ateo en su foro interior. Y sin embargo, en el terreno de la práctica, cuantos materialistas de la jurisprudencia existen, que dejan á la ley el cuidado de formar su conciencia, y fundándose en el lecho de que se halla abolida la religion del Estado, deducen que el hombre está dispensado de elegir la suya! No se crea

(1) *Tom. III, p. 116.*

que dirija cargo alguno á nuestra legislacion; pero conviene recordar al indiferente, que despues de haber honrado todos los cultos en su vida social, debe un acto de fé y homenajes reservados al que es único verdadero. Y conviene tambien y principalmente hacerle observar, que nadie puede sustraerse á esta obligacion en nombre de su particular cultura intelectual, porque del mismo modo que hoy se someten todas las religiones á una igualdad comun delante la ley, la razon somete á todos los hombres á la igualdad comun delante la religion, y toda vez que en 1789 renunciámos con entusiasmo nuestros privilegios, no debemos ser inconsecuentes conservando ahora el mayor de todos, es decir, el de no tener Dios, en tanto que el pueblo lo ha tenido siempre, y lo que es más, siempre lo tendrá.

La verdad de una religion es pues un dogma necesario para la honra de Dios; vamos á demostrar que no lo es ménos para la moralidad del hombre. No hay para qué forjarse ilusiones: los que guardan consideraciones idénticas á todas religiones imaginadas, son aquellos que, generalmente hablando, no quieren seguir ninguna: hónranlas en general, para dispensarse de buscar la verdadera en particular. Fácilmente se

comprende que el hombre no está obligado respecto de Dios, sino en la proporción de sus conocimientos; mas qué diremos del que obra en razón opuesta de sus conocimientos, es decir, en contra de la religión que por lo ménos considera más razonable, so pretexto de que la humanidad entera no participa de semejante conocimiento! Existen muchas religiones, dice el indiferente, pues bien, yo no profesaré ninguna: existen muchas religiones, responde la conciencia moral, pues bien, cada cual será juzgado segun las enseñanzas de la suya. Por consiguientemente, el mahometano y el pagano que cumplen de buena fé la ley natural, tal cual se les ha enseñado, siquiera estén en error, no son culpables. En cambio el cristiano, que del espectáculo de tantos hombres fieles á su religión, deduce que no tiene por qué ocuparse en la suya, colócase bajo el punto de vista de la moralidad en un nivel al del infiel inferior: *Est infidelis deterior.*

Solo existen dos clases de hombres razonables, dice Pascal, los que aman á Dios con todo su corazón porque le conocen, y los que con todo su corazón le buscan porque no le conocen. (1)»

(1) Pensamientos.

Sin embargo, ¡cuántos libre-pensadores hay que prefieren declarar *a priori* que la verdadera religión no puede encontrarse, é tomarse la pena de buscarla?

Tienen el propósito de comprar, como dice Labruyere; pero no han tenido espacio para determinar su eleccion. Sin embargo, trátase de averiguar si semejante eleccion era de suyo importante, para que se hubiesen tomado el trabajo de fijarse en ella. De mí sé decir que me avergüenzo por mi razón y por mi especie de la ligereza con que veo eludir tan árduas cuestiones. ¿Quién ha consagrado á semejante asunto el tiempo que ha invertido en sus exámenes en la cuestion politécnica, ó en sus ejercicios para la licenciatura ó el doctorado? De manera que por lo que se refiere á la primera ciencia de la vida, se persevera en la indiferencia, se muere en las preocupaciones, y para excusar esta incuria inexcusable, se tratan todos los cultos cual si fueran enigmas indescifrables, entre los cuales es en vano ir en pos de la verdad, puesto que solo puede allegarse cosecha de dudas.

Y sin embargo, si el resistir á la verdad que se conoce, constituye una inmoralidad, lo es, y mayor todavía, oponerse á conocerla. ¿Quién es capaz de enumerar las verdades que perecen,

cuando la inteligencia, so pretexto de que existen muchas religiones, se desentiende de la verdad religiosa? Colocado en esta pendiente el espíritu véase arrastrado á un abismo lleno de ruinas del cual es imposible salir: pero la lógica aparece y le dice: existen muchas filosofías, luego no existe la verdad filosófica; existen muchas políticas, luego no hay verdad política; existen muchos tipos de belleza, luego no hay verdad estética; existen numerosas divinidades, luego no hay Dios. En una palabra, solo se pretende suprimir una piedra del templo de la doctrina santa; pero como esa piedra es la clave que cierra un arco, el arco cede, la bóveda se viene abajo y el edificio entero se derrumba. Prueba manifiesta de que la neutralidad en religion, contiene en gérmen el escepticismo universal, puesto que lo produce. Prueba sobre todo de que estamos obligados á distinguir la verdad de la fé, hasta dónde nos sea dable, so pena de hacernos indignos de ella, porque la verdad de nuestra religion debe sernos más importante que la identidad de nuestra madre: y lo que acabo de decir se impone á la conciencia sin necesidad de demostracion; es una de esas evidencias tan anteriores al raciocinio, que en el instante mismo

en que la razon las concibe, dice Fontenelle, le parece reconocerlas.

La verdad de una religion es cierta, por que interesa á la honra de Dios y á la moralidad de los individuos, pero también y principalmente, porque interesa á la suerte de los pueblos.

Es un error por demás grosero suponer que la religion no es más que un juguete destinado á recrear la imaginacion de los pueblos, cuando en realidad la verdad constituye el crisol en que la moralidad se purifica y recibe su forma característica. La virtudes de una sociedad no son más, en rigor, que su religion aplicada, y así las buenas como las malas acciones pueden ser comparadas á un fruto del cual las creencias constituyen las raíces. Siendo esto así, como lo es, tendremos que todo falso dogmatismo encierra, metafísicamente, el gérmen de una moral y de una sociedad depravadas; por esto nada puede darse más instructivo, que la demostracion de las analogías entre la religion de los pueblos y su historia.

En el Norte los Germanos y los Scandinavos se representan la divinidad con rasgos mucho ménos voluptuosos que crueles, y constituyen tribus áusteras que, á ejemplo de su Olimpo, ofrecen una bizarra mescolanza de castidad y de

barbarie. Roma instala en su panteón todos los géneos inmundos del universo; y de aquí que ni la cínica pluma de Suetonio, ni el implacable buril de Tácito, puedan trasladarnos todas las infamias y bajezas de su decadencia, aun valiéndose de la lengua ménos pudibunda que los hombres han hablado. El Oriente nos ofrece el budhismo con su impura mitología y su panteísmo indolente: y por esto vemos á las poblaciones indias sometidas por su mitología á una languidez ponzoñosa, en tanto que su panteísmo las encierra en una inmovilidad místicamente infecunda, bajo dogmas en los cuales el gran todo absorbe completamente la personalidad. Por último, el Islamismo contempla en un harem eterno el fin de los hijos del Profeta; sus medios y sus derechos en la cimitarra; y de aquí que, como la hierba bajo la planta de las huestes de Alarico, el pudor y la civilización desaparezcan del suelo sobre que asientan su planta las tribus de Mahoma. Sí, cuales son las religiones, tales son los pueblos: cuales los símbolos, tales las costumbres; porque, como ha dicho Diderot, *todo error de doctrina debe influir en una criatura razonable y consecuente*. Por lo mismo es indispensable que exista una religión verdadera y una verdadera civilización, y todo

aquel que carece de la felicidad de conocer esta religión, y no tiene por otra parte la voluntad necesaria para encontrarla, debe por lo ménos proclamarla en principio.

No hay para qué insistamos respecto del particular. Las verdades de sentido comun son siempre más claras en sí mismas que en sus pruebas; para convencerse de ello basta fijarse en las consecuencias engendradas por la negación que estamos combatiendo. En el Indostan, por ejemplo, los adoradores del dios Djaggenat se arrojan bajo las ruedas de su carro, á fin de hacerse aplastar por devoción; en Cartago, las madres cegadas por una mal entendida piedad, degüellan á los hijos de sus entrañas sobre los altares de Moloch; en las Galais, á cada nueva calamidad pública se apacigua la ira de Teutales con el derramamiento de sangre humana; en Corinto, la deidad bondadosa inspira en su honor misterios, que la historia no se atreve á referir; en la Meca se inmolan hecatombes musulmanas, cuyas deletéreas emanaciones envían la epidemia á la Europa meridional; en Francia, la diosa Razon se porta en sus altares más bien que como una sacerdotisa, como desenfrenada vacante. ¡Y puede imaginarse, si quiera, que Dios sea igualmente glorificado en

esas orgías de sangre y de voluptuosidad, que en las puras adoraciones del cristianismo? ¿qué las virtudes de un Vicente de Paul, no estén más conformes con la verdad esencial que las disipaciones de un sultan, ó las extravagancias de un faki? No insistamos más, sería abusar de las ventajas de la victoria.

Dos maneras hay de suprimir á Dios: la primera consiste en negarlo en sí mismo: la segunda consiste en negarlo en su verdad. Por consiguiente, á los que en este terreno toman la ofensiva, se les puede contestar: Si creéis en Dios, basta con demostraros que vuestra negacion es deicida por vía de consecuencia, para que desistais de vuestro empeño; y si no creéis, ¿qué necesidad teneis de presentaros al debate bajo la falsa apariencia del indiferente? Tene el valor de levantar vuestra visera, y en cuanto se os conozca sereis vencidos; declarad paladinamente vuestro ateísmo, y no le combatiremos inútilmente: adversarios hay contra los cuales, á semejanza de lo que acontece con esos criminales respecto de los cuales la indignacion pública hace justicia antes que la ley, nada deja hacer al raciocinio la completa desconsideracion que inspiran,

Al llegar á este punto, veo surgir dos objeciones respecto del modo como á fin de ponerla más de relieve propongo la exposicion.

La pluralidad de las religiones, se dice, prueba que si todas son buenas, no hay ninguna verdadera; porque siendo Dios el autor de la que lo fuera, no podria consentir que las demás le tuvieran amenazado, y que á veces prevalecieran contra él.

Al que me propusiera semejante reparo, le preguntaria inmediatamente: ¿Bajo qué bandera militas? ¿Seria mi adversario uno de esos espiritualistas inconsecuentes, que reconociendo en Dios el derecho de suscitar la creacion, le niegan el de tocar á los resortes despues de haber montado el maravilloso mecanismo? «¿Que hacen á Dios el honor de pronunciar su nombre sin confiarle otro cuidado que la guarda servil y el espectáculo inerte de los mundos que ha creado; pero que no gobierna? (1).» Entónces, ¿cómo se explica que los que suprimen en Dios el poder de los milagros, le echen en cara el que no los haga? Es decir, que no creerán en la verdadera religian, miéntras no llegue el momento

(1) *Vitet, La ciencia y la fe.*

en que todos sus impugnadores se vean obligados à bendecirla à pesar suyo! ¡Pero esto sería el prodigio de Balaam perpétuamente renovado! Dígasenos una vez más, ¿de dónde se quiere que salgan los prodigios, cuando el Dios de los prodigios se ha suprimido?

Supongamos por el contrario, que mi impugnador pertenece al grupo de los espiritualistas que creen en la omnipotencia divina. En tal caso, pedir el amordazamiento eterno del error, por medio de una intervencion visible de la soberanía divina, vale tanto como exigir el despotismo más absoluto de parte de Dios, y el servilismo más completo de parte del hombre. Dios nos trata de muy distinta manera; pues se ha impuesto hasta tal punto el respeto à nuestra libertad, que prefiere verse negado ó insultado por ella, à hacerle la más pequeña violencia; tanto es así, que de esas sublimes disposiciones del Creador respecto del libre albedrío de la criatura, han nacido todas las falsas religiones. ¿Hablan acaso formalmente los que con tanta facilidad se indignan contra todo obstáculo puesto por la Iglesia à la propagacion del error, cuando niegan al error no solo el derecho de vivir sino tambien el de nacer? ¿Es que existe mayor intolerancia en limitar la extension de lo falso,

como lo hacemos, que en ahogarle en el seno paternal, como ellos quisieran hacerlo? ¡Extraño liberalismo el que defiende por un lado la causa de las falsas religiones, y por el otro no perdona à Dios el haber permitido su existencia! Si Dios nubiese querido reinar sobre el pensamiento humano como desapiadado autócrata, y hundir por medio de los rayos de su ira la cabeza de los disidentes, de seguro se le habria tenido por verdadero monarca; pero sometidos à esa espantosa teocracia, habriamos quedado reducidos al papel de simples autómatas; y nosotros que tanta sangre hemos vertido para conquistar la libertad política, ¿echaríamos voluntariamente por la ventana la libertad moral, sin la cual no seríamos dignos de ninguna? No insultemos, pues, las inefables tolerancias de Dios respecto de las falsas religiones. Semejante espectáculo será hasta el fin el consuelo más íntimo de toda paternidad ultrajada en sus legítimos derechos; y será además, y sobre todo, el ejemplo más augusto que pueda proponerse à las autoridades à quienes se pida la libertad de la comprobacion. Dios, callándose en la eternidad cuanto se le disputa el imperio, constituye el apoyo más poderoso de los poderes atacados ó desconocidos, comparacion que contiene las garantías de los soberanos,

del mismo modo que la de los súbditos, por que el Rey de reyes se somete al contraste sin consentir que se le arroje del trono que ocupa, y si abandona los siglos del tiempo à los derechos de la libertad, consiste precisamente en que reserva el porvenir eterno à las represiones de la autoridad.

El escándalo que experimentamos por la existencia de las falsas religiones pueba, pues, que ignoramos las consideraciones debidas à la libertad del hombre, y más àun el misterio profundo del amor de Dios. Es achaque propio del egoismo, el considerar sus exigencias como la medida de su profundidad. El amor, llegado à cierto grado de grandeza, es como los reyes que dan y no reciben; à medida que se eleva se hace desinteresado, porque cuanto más piensa en el objeto querido, ménos ocasiones se le ofrecen de pensar en sí mismo. Segun esta ley, el amor de Dios, que es de todos el más completo, debe ser tambien el más modesto, y esto nos explica la longanimidad adorable del Señor de las cosas, respecto de los errores y de los hombres que empuñan su dominacion.

Sobre la superficie de este pequeño planeta en que nos hallamos establecidos, cuéntanse apenas doscientos millones de católicos; de estos

son muy pocos los que adoran en espíritu y en verdad, y sin embargo esos elementos imperfectos componen una obra magnífica, porque cuanto bueno por ella hace, es fruto de la libertad. La entrega de un corazón puro, que podría negarse à Dios, le regocija y satisface más que las armonías fatales de todas las creaciones sometidas à la necesidad. Una lágrima de Santa Teresa influye más que los crímenes de Babilonia en la balanza en que se pesan los destinos del género humano. De esta suerte, en tanto tenga la verdadera religion diez justos que presentarle, no se verá confundido en sus obras, por que los homenajes de la libertad humana le harán olvidar los extravíos, y en tanto vea sobre la tierra una huella de la sangre derramada por su hijo, la contemplará con verdadero amor. Sí, el amor constituye en este punto la palabra sublime que explica los misterios divinos, porque explica à Dios mismo! Siendo el amor el principio de la fecundidad, puede decirse que el mundo es hijo de tan gran sentimiento, y como es el amor quien lo creó, es el amor quien lo preserva de la destruccion.

El mal puede desbordarse y crecer como las aguas del diluvio, hasta sumergir las montañas más elevadas; el mundo solo podrá desaparecer

el día en que se extinga completamente el sentimiento de caridad. Y si fuese cierto que ha de llegar día en que una nueva humanidad huelle nuestras cenizas como nosotros marchamos sobre el polvo de las generaciones preadánitas según establecen algunas hipótesis que, debemos decirlo francamente, no hacen en nosotros mella alguna; cuando los habitantes de esa nueva época removerían los despojos de la nuestra; al encontrar en el subsuelo más pagodas y mezquitas que iglesias; más sepuleros paganos que losas marcadas con la cruz de la redención, en vez de blasfemar del Creador, hincados de rodillas sobre estas ruinas, esclamarían: así es como Dios amó este mundo! *¡Sic Deus delevit mundum!* (1)

La segunda objeción es de un orden más práctico, con la circunstancia de que los hombres prácticos no nos la economizan. Dejad, pues, nos dicen, fantasear cuanto se quiera respecto de la cuestión de la verdadera religión. En cuanto los hombres se convengan de que han dado con ella, se convertirán en perseguidores de los demás cultos y se verá reaparecer la intolerancia fanática de las guerras de la religión.

(1) San Juan 8, 16.

Pocas palabras existen en nuestro vocabulario de las cuales se haya abusado más que de la palabra tolerancia. Consiste esto en que son contados los que expresan en grado idéntico el bien ó el mal, según el sentido que se les da. En el lenguaje de los hombres que comprenden lo que dicen, hay tres especies de tolerancia.

La primera es la tolerancia civil: la Iglesia ha manifestado recientemente el concepto que de ella tiene formado, y por consiguiente, por lo que á nosotros toca, basta con que á ella nos refiramos y recordemos la distinción que establece entre lo que está prescrito en tésis absoluta y lo que es tolerable en hipótesis; es decir, que cuando los pueblos no pueden realizar lo más perfecto, consienten que de su cuenta y riesgo ensayen lo que más puede acercarse á la perfección. Ahora bien, como nosotros no hacemos casuística de derecho público, y la objeción de que tratamos va derecha á los Estados, más bien que á la conciencia individual, prescindimos del obstáculo, por lo mismo que no se opone á que prosigamos en nuestro camino. Declaremos sin embargo, que por más que otros siglos ofrezcan para nosotros motivos de admiración, ninguno los tiene en tanto grado como el nuestro, por cuya razón proclamamos en alta voz nues-

tros sinceros respetos por la verdadera tolerancia civil.

La segunda tolerancia es la que llamaremos personal. Guerra á todos los errores, amor y estimacion á todas las personas, y guerra sobre todo al error por el amor de las personas. Tal es la doctrina de la Iglesia. No cabe duda que existe en ella el derecho de represion contra los malhechores; pero sacrifica su derecho á su amor, y si por ventura no se la ha comprendido bien respecto del particular, no ha podido ménos que llorarle con lágrimas de sangre. Pero esta sangre que ha manchado su immaculada vestidura, la ha lavado con sus lágrimas. No tenemos, pues, por qué hacerle por ello cargo alguno. Solo los espíritus mezquinos, es decir, los hombres que no saben elevarse son capaces de achacar á la doctrina los crímenes en su nombre cometidos. Si por nuestra parte imputáramos al anticristianismo los doce millones de mártires que ha hecho en nuestras filas, le achacaríamos un terrible Saint-Berthelemy, y del mismo modo inscribiríamos una espantosa partida en su cuenta de cargo, si hacíamos responsable á la democracia de todos los excesos y de todos los crímenes del 93. Ya sería tiempo de poner término á esas recriminaciones infundadas y des-

provistas de buena fé. *La Iglesia tiene horror á la sangre*; tal es la expresion proverbial de sus institutos respecto del particular.

En aquel tiempo presentáronse al tribunal de Salomon dos mujeres disputándose la maternidad de un niño: la una consentia en que la criatura fuese partida en dos; esta no era su madre. Hé ahí la imágen del error suscribiendo á la concurrencia, y no debe sorprendernos porque el error es usurpador. La otra mujer, por el contrario reclamaba al niño entero; pero preferia perderlo vivo, á recobrarlo hecho pedazos. Esta es la imágen de la Iglesia, madre desolada, que tiene derecho al imperio de la hmanidad entera; pero que á pesar de esto, prefiere la vida de sus hijos, al triunfo violento de su derecho. Inútil es pues que se desnude el acero; so pretexto de defender á esta madre, porque con ese proceder sólo le proporcionan victorias que aborrece. Su intolerancia se reduce á los celos engendrados por el amor, y no consiste en manera alguna en la crueldad de los suplicios. Es la Esposa de Aquel que conquistó el mundo tendiendo á todos sus brazos desde lo alto de la cruz sin consentir en que se derramara más sangre que la suya. No fué la fuerza, sino la dul-

zura; no el Leon de Judà, sino el cordero immaculado el que llevó á cabo la conquista de la tierra: *Emittit Agnum dominatorem terræ* [1]! Esto quiere decir, que pedimos tregua para siempre jamás, á todas las sevicias en la propagacion de la fé, en favor de la tolerancia personal.

Pero existe además una tercera tolerancia, que en manera alguna puede glorificarse, y que por el contrario es indispensable, anatematizar: esta tolerancia es la teológica, que pretende insular en el mismo sólio á Zoroastro y á Confucio; á Brahma y á Bouddha, á Mahoma y á Jesucristo, sin más diferencia que colocar á éste en lugar preeminente.

Semejante tolerancia podría definirse el respeto oficial á todas las religiones; pero respeto sin franqueza, que tiene mucho de una genuflexion de pretorio, y que encierra la negacion absoluta bajo las formas prudentes de la abstencion. Por punto general los hábitos de neutralidad en los negocios humanos nos inspiran poca estimacion, pues para nosotros la neutralidad ó es el privilegio de los incapaces ó la prudencia de los egoistas. Los antiguos la conocian

(1) Isaías, 46, 2.

tan á fondo, que en Atenas existian penas especiales para aquellos que en tiempo de revuelta no se decidian por partido alguno, moviendo á aquellas gentes, al proceder de esta suerte, el que nadie disfrutara del beneficio de las abstenciones interesadas. Y no siéndonos permitido permanecer indiferentes respecto de las cuestiones vitales que traen agitada la humanidad, ¿echarémos mano de la indiferencia dogmática como de un privilegio especial de nuestro rango ó de nuestro saber? ¡Y en tanto que en política, en filosofía nos consideramos obligados á llamarnos blancos ó negros, so pena de vernos mirados con menosprecio, podremos permanecer indecisos, respecto de la grave cuestion de Dios, sin que corra riesgo nuestra dignidad moral? Ha querido hacerse de esta neutralidad una especie de pedestal para el amor propio filosófico, y sin embargo no es más que una prostracion de la conciencia humana, y un desprecio sacrilego de la verdad divina. Gracias pues sean dadas á la tolerancia divina bien entendida; gloria á la tolerancia personal, pero anatema perpétuo sobre la tolerancia teológica.

De que exista un gran número de religiones no debe deducirse, que no haya una verdadera, lo hemos dicho; mas de que exista una sola re-

ligion verdadera, puede deducirse que Dios sea injusto respecto de aquellos que no la conocen?

II.

Hasta ahora hemos visto á la negacion haciéndose la escandalizada del mal que existe, á fin de tener un argumento contra la Providencia: vamos á contemplarla ahora negando, ó poco ménos, este mismo mal, á fin de poder elevar sus quejas contra la justicia de Dios. El mundo es un caos, cuando se trata de censurar las disposiciones del Criador; el mundo es una obra maestra, cuando se pretende borrar toda pena despues de esta vida. Aquí el incrédulo se transforma en filántropo y dice: Que Dios consienta en la existencia de las falsas religiones, porque le bastan los homenajes de la buena, es una prueba de que con poco se contenta; pero ya que nada prueban contra el verdadero los cultos falsos, no hay para qué sean amenazados con las penas eternas aquellos que no lo hayan conocido.

¡Cuántos absurdos se atribuyen á nuestra verdad para tener un pretexto de no observarla!

Consignemos desde luego que Dios quiera la salvacion de todos los hombres; pero no está obligado á salvarlos á pesar suyo, y consignemos tambien, que un órden de cosas en el cual cada uno de nosotros constituye un ser inmortal, que hace el bien y el mal de su cuenta y riesgo, es mil veces más honroso para el Creator y para nosotros, que no lo seria un rebaño de esclavos conducidos por la fuerza ó á la nada ó á beatitudes inmerecidas. ¡Ha producido Dios hombres, con antelacion al advenimiento de nuestra humanidad? ¡Los producirá acaso despues que nuestro mundo haya concluido! ¡En qué condiciones morales, es decir, en qué proporciones de inteligencia y de libertad estuvo ó será constituida cada una de esas familias? Lo ignoro; pero lo que sé positivamente es que Dios puede variar hasta lo infinito la creacion espiritual como la creacion material. Lo que sé es, que Dios en esas diversas creaciones llega al mismo fin por dos caminos idénticos, es decir, al órden, por la justicia y por el amor: por que solamente el amor y la justicia pueden entrecruzarse y extenderse en combinaciones innumerables y hé

aquí como se conciertan con relacion al ciclo moral que nosotros componemos.

No existe verdad alguna peor comprendida que la célebre máxima «fuera de la Iglesia no hay salvacion.» Los unos, gracias á un liberalismo teológico verdaderamente insensato, quisieran suprimirla, sin tener en cuenta que constituye la fórmula necesaria de un símbolo que se afirma verdadero, con exclusion de todos los demás. En efecto sin ella, debería decretarse *ipso facto* la salvacion de todo el mundo. Confesemos sin embargo que las exclusiones pronunciadas por este axioma, debidamente comprendido, repugnan mil veces ménos á la razon, que un estado de cosas opuesto, que coloca en un mismo paraíso, y uno al lado de otro, á Luis XVI y Robespierre, á Jesucristo y á Judas el traidor.

Los otros por ceñirse al sentido literal del axioma, desnaturalizan su sentido; pues no establecen la distincion necesaria entre el cuerpo y el alma de la Iglesia, y á un principio razonable, substituyen un dogma estrecho y cruel. Cruel, por que condena á penas espantosas á una porcion inmensa del género humano, cuya única falta consiste en haber nacido más cerca de Pekin que de Roma; estrecho por que en virtud

de semejante interpretacion, Jesucristo reinaría sobre un número de súbditos más reducido que el Emperador de la China. Ahora bien, sea la que se quiera la libertad que conceda Dios á los extraviados del hombre, parece que sería destronado del imperio del mundo, si en este punto perdiera su gobierno (1).

El regazo materno de nuestra Iglesia, dice San Gerónimo, no es tan estrecho que pueda fácilmente vivirse fuera de él: como no sea con decidida voluntad de hacerlo. Así como el océano sale de su inmenso receptáculo por medio de filtraciones subterráneas, y rodea la tierra en estrecho abrazo, ora formado de espumosas oleadas, ora por medio de desagües invisibles; de la propia manera la Iglesia militante prolonga sus ocultas ramificaciones hasta lo más profundo de aquellos países de los cuales se halla proscrita y va desde uno á otro extremo á tender su mano á los hombres de buena voluntad. De esta suerte en las profundidades de su alma, vasta como el mundo, abraza completamente al gé-

(1) Como todavía no hemos probado la Iglesia, no la presentamos en este lugar como la verdadera sociedad religiosa, sino como la prueba de que puede admitirse en su sentir la verdad de una sola religion, sin herir ni la razon humana ni la justicia de Dios.

nero humano, y si existe alguna porción que se robe á esos brazos amorosos, no consiste en manera alguna en que no puede extenderse hasta los lugares en que aquella reside, por lejano y remoto que sea el país.

Sí, por lo mismo que la Iglesia es un sér moral compuesto de hombres, debe tener como el hombre un cuerpo y un alma, un cuerpo visible y un alma que no lo es. Su alma la constituye la reunion de todos aquellos que á ella están unidos por el vínculo interior de la fé y de la caridad. Y esta Iglesia espiritual no es en manera alguna la parroquia de aldea, como algunos presumen, en la cual solo caben los habitantes de la misma, sino el templo verdaderamente católico, es decir, tan vasto como el universo, en cuyas anchurosas bóvedas pueden refugiarse cuantos existen. Enseñanza de las más importantes, lo mismo para el libre-pensador que quisiera asegurar la impunidad eterna para todos los crímenes, que para ciertos católicos que adoran al Cristo con los brazos limitados del Janse-nismo, juzgando el honor de su ortodoxia interesado en esperar el cielo en la compañía más selecta que puede imaginarse. Tal es respecto del particular, no la pequeña teología, sino la de la Iglesia, que como en sus admisiones, es

tolerante por demás, hasta en sus propias exclusiones.

Considerando la verdadera religion, no en su orgonismo interior sino en su alma, ¿quién será capaz de evaluar el número de los que penetran en ella por *adopcion*? Esta alma abraza desde luego á los niños regularmente bautizados por los cismáticos y los herejes, y como la mitad de los hombres muere antes de llegar al estado de razon, resulta de ello una porcion inmensa de séres racionales, librados de la perdicion eterna. Y es que como el bautismo les ha comunicado la fé y la caridad infusas, sus cunas han sido predestinadas gracias á ese don gratuito, y uno de los espectáculos más conmovedores del paraíso será indudablemente esa innumerable falange de inocentes, recompensados sin haber trabajado y á los cuales la Iglesia triunfante, para eternizar su agradecimiento dirá: *Pequeñuelos, alabad al Señor* (1). Ciertamente que no podrán tomar parte en este coro angelical las criaturas muertas antes del bautismo; pero con todo esto podrán bendecir á su madre y á Dios, por haberles concedido la existencia, segun luego ve-

(1) Salmo 113, 1.

remos. Toda la creación moral desde el primer Angel, hasta los últimos seres responsables, descansa en la ley de las desigualdades. Sin injusticia, Dios puede dar á quien mejor le parece aquello que á nadie debe. Imponerle la igualdad absoluta en sus obras, sería interdecirle la variedad, y arrebatarle la libertad. Por lo mismo no puede hacérsele un cargo por no conceder á cada uno de sus hijos idéntica beatitud, ni de distribuir por un modo distinto las dotes de inteligencia. Un padre no deja de serlo por que mire con cierta predilección á alguno de sus hijos, con tal de que no deje de ser bueno para todos.

Ni es ménos importante el número de los elegidos que pertenecen á nuestra verdad por la vía de *adjunción*, pues el alma de la Iglesia encierra también en sus brazos á todos los cristianos de las comuniones disidentes, cuando se engañan en virtud de una invencible buena fé. La Iglesia que no vé las disposiciones interiores, debe condenar en masa á las sociedades que se han desprendido de su seno destrozándola, pero deja á Dios el juicio de sus individuos. O bien un cristiano se ha separado de ella por su propia voluntad, y entonces es justo que sufra la pena merecida, ó bien se ha separado inocente-

mente y entónces la Iglesia le reconoce á él sin que él la haya reconocido. ¡Qué excelente madre la que estrecha en sus brazos, con un amor jamás comprendido al hijo que la rechaza porque no la conoce! De donde resulta que la Iglesia reina donde no reina el Pontífice, y que hasta en los países del cisma y de la heregía cuenta con numerosas poblaciones que la proporcionan una soberanía inmensamente más poderosa que la de Isabel la Católica, y si bien es verdad que no existe mano humana que pueda dibujar el mapa de este catolicismo invisible, no puede desconocerse que existe trazado en el pensamiento de Dios, que deja caer su bondadosa mirada sobre este sublime rebaño, para mantener en su corazón una misericordia siempre más grande que las ingratitudes de la humanidad.

Otros seres hay que pueden contarse en el número de los hijos de la Iglesia por *privilegio*. El alma de esta es un mar sin límites, que tiene bahías profundas y nunca exploradas hasta en el mismo seno de la gentilidad. Cierto que el infiel, siquiera lo sea de buena fé, no forma parte, en vida, de nuestra madre la Iglesia; pero ésta, por su inagotable misericordia, le concederá que entre en la misma en el instante en que penetre en la eternidad. Imagínese á un infiel

que haya practicado el bien, tal cual se lo haya revelado su conciencia natural, sin haber tenido lugar para conocer la revelacion divina, ¿puede presumirse que ha de verse excluido por esto de la eterna beatitud? En manera alguna. Yo bien sé que no tiene una fé tan explícita como la mía en el Redentor prometido; pero participa de ella en virtud de la fé que guarda à la revelacion primitiva: *El Verbo era la luz verdadera que alumbró à todo hombre que viene à este mundo* (1) y participa ademas, y sobre todo en virtud de la fé en el reparador univeasal difundida en las tradiciones de la gentilidad. Por consiguiente, ¿qué hará Dios respecto de esa alma que ha permanecido fiel à la ley? La tocará en su porazon àntes del fin, por una operacion de su gracia, y por este medio, elevando hasta lo sobrenatural las virtudes naturales que le proporciona, hará un elegido de ese pagano consciente! ¡Ah! yo me represento aquí con verdadero arrebató de júbilo, las dulces sorpresas de esas almas rectas en el momento de pasar desde las sombras divinas que adoraron à la presencia deslumbrante de la inefable realidad.

(1) San Juan 1.º

Como hubiese escrito Santo Tomás que Dios enviaria un ángel à ese infiel à fin de evitar su condenacion eterna, Rousseau se burló de esa *máquina* que el mundo jamás ha visto funcionar, deduciendo de esto que la humanidad no bautizada, se halla condenada privadamente à servir de combustible al fuego eterno. El ángel en cuestion no se ofrece como el único medio sino como la medida de la buena voluntad de Dios respecto de los infieles que observan la ley natural. Ese ángel significa que Dios hará milagros, y por cierto de los mayores, àntes que consentir que un solo inocente de su imperio, sea despreciado por toda una eternidad. Pero ¿cuál será esa máquina de salvacion, valiéndonos del lenguaje de Rousseau; cuál este sacramento *in extremis*, para hablar como la Iglesia, que será aplicado à esas almas por la bondad divina? El medio es el secreto de Dios; pero el designio en sí mismo no constituye un secreto, puesto que San Pablo nos asegura de ello, diciéndonos: *Cuando los gentiles que no tienen ley escrita, hacen por razon natural lo que manda la ley, estos tales no teniendo ley, son para sí mismos ley viva* (1). ¿Puede imaginarse una justicia distri-

(1) Rom., 9, 12

butiva haciendo de su intolerancia doctrinal más tolerantes aplicaciones? Por esto la Iglesia castiga los errores, pero salva á aquellos que los profesan sin culpa. Jamás persigue en los desvíos intelectuales ni la fatalidad del nacimiento ni los azares de la educación, y lo único que su seno material rechaza á imágen y semejanza del seno de Dios, es el crimen sin arrepentimiento.

Aquí oigo al incrédulo añadir con amarga sonrisa. ¡Y las criaturas muertas ántes del bautismo? Librémonos de la confusión resultante de las malas inteligencias. La Iglesia estima tanto la felicidad de ver á Dios en la eternidad, que suele llamar condenación á la desgracia de estar privado de ella. Mas en la tierra no se vé á Dios y sin embargo, no falta quien en ella se encuentre muy bien, tan bien, que no quisiera dejarla, ni aun para gozar de la presencia de Dios. Ahora bien, nuestro Padre comun ha de tal modo templado para los seres no bautizados, los dolores de su ausencia, que son felices con vivir, sienta San Agustín, puesto que prefieren la vida á la no existencia. Y en rigor, podemos decir que su destino sereno es más bien una especie de beatitud natural que una verdadera pérdida. Por consiguiente, á aquellos que llegaren cubiertos por la gracia sobrenatural, la felicidad

sobrenatural de la visión intuitiva; á aquellos que solo llevaren ante su juez las ventajas naturales, una felicidad proporcionada, que solo es el vestibulo de la primera: es imposible imaginar mayor equilibrio entre las causas y los efectos. Y no se me pregunte por qué razón no hace Dios en favor de los niños muertos sin bautismo, el milagro de salvación que realiza en favor de los paganos de buena fé, por que en tal caso, me verá obligado á contestar que los últimos han llorado, han trabajado, han combatido; al paso que los primeros, segados en flor, han desaparecido áun antes de haber ellos segado mies alguna.

Esas almas cándidas, errando por el interior de misteriosos limbos en los cuales se ama á Dios sin verlo, le servirán como reparadores de la incredulidad que no cree en sus sufrimientos, y que saca de ellos el pretexto de sus blasfemias contra el Creador! Lo que aquí puede añadirse á la inconsecuencia de la negación, es que en definitiva, nada puede ofrecer mejor á sus elegidos que esa beatitud, y que por lo mismo no se comprende con qué derecho puede exigir más de la Iglesia; lo que puede añadirse principalmente á lo odioso de la negación, es que, en general, condena en masa á la humanidad á la

nada, y cuando se arroja mezclado y confuso sin amor y sin justicia en la sima de una muerte eterna, el bien y el mal, los santos y los monstruos, no hay derecho para hablar siquiera de las sublimes reparticiones de la paternidad de Dios respecto de nosotros.

Tal es, pues, la Iglesia, cuyos contornos habia ofrecido diseñar. Como puede verse, no es un simple oratorio; sino una catedral inmensa dentro de la cual cabe la humanidad holgadamente. Abarca todas las fronteras, dentro de ella se ven todas las nacionalidades, se escuchan todos los idiomas, se experimenta la temperatura de todos los climas; cismáticos, herejes, infieles, excusados por una ignorancia invencible, hombres sinceros y puros de las diversas regiones del espacio y del tiempo, avanzan hácia la montaña de Sion. Esta es la única basilica cuyas puertas no se cierran jamás, cuyos cantos no cesan nunca, y en la cual la presencia divina jamás ha menester ser renovada en el tabernáculo. *Omnes diebus usque ad consummationem* (1). Y esto, sin contar que el monumento se compone de tres naves, de las cuales solo he-

[1] M. 160, 23. 20.

mos medido una. La Iglesia triunfante y la Iglesia paciente, unidas á la Iglesia militante, forman la obra maestra de este conjunto, y la raza de Adán, pasando diariamente en miríadas incalculables, del uno al otro de esos tres santuarios, fraterniza en ese abrazo sublime que se llama la comunión de los santos. ¡Ah! si es cierto que Dios haya creado otras humanidades, sin que esto sea poner en duda su poder inmenso, ¿es posible que las tenga destinado un orden de cosas más bello y más perfecto?

Y nuestra verdad, que abre la mano hasta tal punto cuando se trata de admisiones, ¿no procede del mismo modo en lo que á las exclusiones se refiere? No tenemos inconveniente en contestar afirmativamente. De manera, se dirá, que lo que hoy se nos predica es que son muchos los elegidos! Indudablemente. Entónces, ¿cómo se conciliarían las conclusiones de este libro, y las opiniones de Massillon, si este por una gracia especial de la divina Providencia volviese á la tierra para anunciar la palabra de Dios, él que conmovia profundamente al auditorio de San Eustaquio, sosteniendo todo lo contrario? Con todo el respeto que nos inspira la memoria del gran Obispo, debemos decir que la obra maestra de Massillon relativa al reducido número de

elegidos, ha causado más admiración por su magnificencia oratoria que por su rigor doctrinal. Mas, con todo esto, yo me guardaría muy bien de contradecirle, por que es imposible saber de un modo cierto, si su verdad está de la mía tan lejos como parece, por lo ménos en lo que concierne á la suerte de un gran número de cristianos.

Por más liberal que en sus admisiones se ofrezca la Iglesia, por más que sean holgados los caminos que á ella conducen, y espaciosos los recintos que la forman, existe una cosa que no puede admitir en manera alguna: el mal impenitente. Dios quiere la salvacion del hombre, pero es menester que el hombre la quiera tambien. Dios, cediendo á un hombre que le resistiera, constituiria el trastorno del orden moral, y se ofreceria como una abdicacion de la autoridad soberana á los manes de la anarquia del hombre. Mas, ¿en qué proporcion subsistirá en la eternidad el desórden de esta resistencia? ¿cuál será la porcion refractaria de la humanidad eternamente excomulgada de la ciudad santa? Nadie es capaz de profundizar los misterios de nuestra hora postrimera, ya que, en opinion de algunos teólogos, no han faltado elegidos ni aun entre las mismas victimas del diluvio. En

aquel momento supremo hállanse una frente de otro el alma y su Juez, y jamás persona alguna ha asistido á semejante tremendo acto; pero lo que sí puedo decir con completa seguridad es, que si el Juez es siempre clemente para la incredulidad que es hija de una verdadera ceguera, debe ser siempre severo, para aquella que constituye una verdadera rebelion.

Tienen los libres pensadores por costumbre hacernos un cargo de la condenacion sistemática de todos aquellos que no profesan nuestra religion, y la verdad es que deberian lamentar algo ménos la suerte de los otros y mirar algo más por la que á ellos les espera. De todos los disidentes, no son por cierto los más dignos de compasion los que no entrarán jamás en la Iglesia, sino los que de ella han salido. Es posible ser completamente inocente de no haber conocido la fé; pero casi no se concibe que una vez conocida se haya abjurado de ella sin ser culpable. Por esta razon los infieles, muertos por una imprescindible necesidad en las supersticiones del paganismo, pueden estar más seguros de la clemencia divina, que un filósofo desertor del cristianismo en una sociedad cristiana. Entre el error de los primeros y el de los segundos, hay la diferencia que media entre la ignorancia y la

apostasia, y alarmarse respecto del destino de los unos más aún que respecto de la responsabilidad de los otros, vale tanto como desconocer la naturaleza de la fé, y aún de la buena fé.

¡La buena fé! Por mi parte la presumo siempre aún entre nuestros adversarios, por consideracion à ellos y à mí mismo; mas debo confesar que para ello debo valerme muchas veces del auxilio de la caridad. Conozco perfectamente la influencia de los medios sobre determinadas constituciones intelectuales; me pongo de parte del falso espíritu y de lo que podría llamarse espíritu naturalmente perverso en la interpretacion de las cosas divinas, considerando que Dios dispensará à tales enfermos el rigor ò el perdon en proporciones equitativas. Por lo que à mí toca, prefiero imitar la mansedumbre de la Iglesia componiendo luengas letanias de sus santos, y no inscribiendo un solo pecador en el catálogo auténtico de sus réprobos; mas es indispensable que lo diga con Fenelon, sopena de faltar à mi Evangelio: «Amad la verdad con el mismo empeño con que atendeis á vuestra salud, á vuestra vanidad, à vuestros placeres y á vuestra fantasia, y la encontrareis. Hombre hay que emprende un viaje al Monomotapa y al Japon para encontrar lo que no ha de curarle

uno solo de sus males: ¿cuándo se encontrarán hombres que hagan, no un viaje en que den la vuelta al mundo, sino un pequeño esfuerzo de curiosidad para venir en conocimiento del gran misterio de su estado? Súrcanse mares por demás procelosos, y atraviésanse espacios de cuatro mil leguas en busca de la pimienta y la canela, que para muy poco sirven, ¿y no puede atravesarse la Mancha para aprender á ser bueno y digno de una bienaventuranza eterna? Es indispensable hacerlo para confundir al incrédulo y cubrirle de vergüenza por su ignorancia (1).»

Las cosas no han cambiado desde los tiempos de Fenelon. ¿Cuál es el incrédulo de nuestros dias en cuya biblioteca podamos encontrar tantas apologias de nuestra fé como libros contra la f? Por esto pululan las preocupaciones en las acusaciones que nos dirigen. La verdad de Jesucristo avanza como Jesucristo mismo al través de los siglos, entregada á la persecucion del falso testimonio, y el deicidio de las doctrinas podria excusarse como el del Calvario, diciendo que sus autores no saben lo que se hacen

(1) Carta sobre los medios conocidos al hombre para llegar á la verdadera religion.

si veces mil, en el curso de su existencia, no hubiesen rehusado saberlo.

No, no, no es que el incrédulo se ponga en oposicion contra la fé de su madre, sin prévio aviso de la conciencia. 'Al cabo de poco tiempo afirma decididamente las blasfemias que al principio solo temblando balbuceaba, y confunde la seguridad de su endurecimiento con la de la buena fé. Pero Dios, cansado al fin, se oculta á un orgullo indigno de verle, y ¡ay de aquellos que toman por una verdadera tranquilidad filosófica el silencio de tan desolador abandono!

Acabo de salvar en el terreno de la doctrina á numerosos séres en la porcion de la humanidad que compone el alma de la Iglesia; si sey ménos liberal respecto de aquellos que perteneciendo felizmente á su cuerpo en virtud de su nacimiento, hánsse separado del mismo por rebeldía de educacion, es porque Dios no ha establecido en vano una verdad en el mundo, y porque no puede tener reservado igual destino á los que no le conocen y á los que le desdennan. Ruego á mis lectores que se persuadan de que con verdadero dolor he llenado semejante deber, pues cuando se ama á los hombres no se les condena por el mero placer de asustarles. Hace poco he citado á Massillon, y su nombre me trae

à la memoria un anecdota que desde este punto de vista acabará de poner en evidencia el fondo de mi fé y el de mi corazon. Un predicador de la distinguida casa de Roquelauze, se presentó al elocente Obispo pidiéndole consejos sobre la ciencia oratoria, y éste le contestó sencillamente: "Jóven, procura tener corazon." El corazon no es ménos necesario al apoloista que al apóstol del Evangelio.

Pues bien: mi corazon es el que me hace desear ser el ángel revelador de que habla Santo Tomás respecto de aquellos para quienes he escrito este libro, á fin de poner ante sus ojos un rayo de luz entre el cielo y la tierra. Mi corazon es el que me mueve á decirles: Si Jesucristo es Salvador para los hombres que son dignos de él sin conocerle, será juez sin piedad para los que abusen de su conocimiento, hasta el punto de vivir cual si no le conocieran. Mi corazon es el que me mueve á recordarles que si Cristo se ha sacrificado por nosotros, ha sido bajo condicion de que trabajáramos por nuestra parte porque la redencion como la creacion, son dos campos de una fecundidad infinita, pero que no fructifican sin nuestro trabajo. No abusemos, pues, de la pluralidad de las religion contra la verdadera, pues las falsas religiones no son obstáculo

para la salvacion de aquellos que las siguen de buena fé, y pierden á aquellos que se valen de ellas como de un pretexto para sustraerse á las obligaciones que la suya les impone. Atacar la verdad de una sola religion, es acusar el corazon de un Dios, porque debe salvarnos en virtud de la sangre que ha vertido, y negar la necesidad de buscar y seguir esta religion, es hacer de Dios un ser que solo tiene deberes respecto del hombre, y del hombre un ser que solo tiene deberes respecto de Dios.

CAPITULO II.

LA VERDADERA RELIGION Y LOS CULTOS DE ORIENTE QUE SE LE CONTRAPONEN.

De que existan muchas religiones no debe deducirse que no exista una verdadera: la honra de Dios, la moralidad del hombre y la suerte de los pueblos están igualmente interesadas en esta cuestion. Sin embargo, el Autor de la verdadera religion no falta en manera alguna á lo que le debe, no creando obstáculos para que las falsas religiones no se produzcan, por que léjos de mantener el orden moral, el suprimir en el hombre la libertad de engañarse seria trastornarlo. Los secuaces de la verdadera religion, reconociéndola tal por su parte, no corren ries-